

Jue
8 Ago

Homilía de Santo Domingo de Guzmán

Año litúrgico 2012 - 2013 - (Ciclo C)

“A tiempo y a destiempo”

Introducción

Santo Domingo de Guzmán es el fundador de la Orden de Predicadores (los dominicos). Su vida fue la de un predicador del Evangelio en el mundo de comienzos del siglo XIII, un mundo a la vez inquieto y confuso. La liturgia de hoy se fija en esta característica de su figura.

Elogia al mensajero de la Buena Noticia (1ª lectura: Is 52, 7-10), que recuerda a las gentes cómo Dios no se ha olvidado de sus males, sino que "el Señor consuela a su pueblo,... y verán los confines de la tierra" su victoria.

Al mismo tiempo, inculca al predicador la urgencia de mantenerse firme en la tarea de la evangelización (2ª lectura: 2 Tim 4, 1-8). Encontrará resistencias a su palabra, porque "vendrá un tiempo en que la gente no soportará la doctrina sana", pero eso no debe desanimarlo, como tampoco desanimó al apóstol Pablo.

Y compara el influjo de su tarea con el de la sal que preserva y da sabor, y con el de la luz que permite ver con claridad y orientarse rectamente en la vida. Será la suya una palabra tanto más eficaz cuanto más respaldada esté por una autenticidad integral.



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 52, 7-10

¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia, que pregonar la justicia, que dice a Sion: «Tu Dios reina!». Escucha: tus vigías gritan, cantan a coro, porque ven cara a cara al Señor, que vuelve a Sion. Romped a cantar a coro, ruinas de Jerusalén, porque el Señor ha consolado a su pueblo, ha rescatado a Jerusalén. Ha descubierto el Señor su santo brazo a los ojos de todas las naciones, y verán los confines de la tierra la salvación de nuestro Dios.

Salmo

Salmo 95, 1-2a. 2b-3. 7-8a. 10 R/. Contad las maravillas del Señor a todas las naciones.

Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; cantad al Señor, bendecid su nombre. R/. Proclamad día tras día su victoria. Contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. R/. Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor; aclamad la gloria del nombre del Señor. R/. Decid a los pueblos: «El Señor es rey: él afianzó el orbe, y no se moverá; él gobierna a los pueblos rectamente». R/.

Segunda lectura

De la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo 4, 1-8

Querido hermano: Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y a muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, reprocha, exhorta con toda magnanimidad y doctrina. Porque vendrá un tiempo en que no soportarán la sana doctrina, sino que se rodearán de maestros a la medida de sus propios deseos y de lo que les gusta oír; y, apartando el oído de la verdad, se volverán a las fábulas. Pero tú sé sobrio en todo, soporta los padecimientos, cumple tu tarea de evangelizador, desempeña tu ministerio. Pues yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 5, 13-19

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celémín, sino para ponerla en el candelero y que alumbré a todos los de casa. Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos». No creáis que he venido a abolir la Ley y los Profetas: no he venido a abolir, sino a

dar plenitud. En verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la ley. El que se salte uno solo de los preceptos menos importantes y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos.

Pautas para la homilía

Predicar la Buena Noticia

La predicación de Domingo es una predicación positiva. Se afana en difundir la verdad del Evangelio, consciente de que es la verdad que da vida, la que descubre todo el bien que Dios hace en favor de la humanidad. En el texto de Isaías se habla del regocijo que produce saber que Dios "vuelve a Sión", a consolar a su pueblo, a rescatar a Jerusalén.

También a Domingo le llamaban "consolador de los frailes", por su capacidad para infundir en ellos la confianza en Dios, para ayudarles a superar sus tribulaciones con la convicción de que, pase lo que pase, estamos en buenas manos. Era más que un consuelo momentáneo, era la revelación de una verdad permanente.

Se ha calificado este proceder, heredado institucionalmente por los seguidores de Domingo, como "compasión intelectual" (misericordia veritatis). Distribuir el pan de la palabra de Dios -la luz de su consoladora verdad- a los hambrientos es una generosa obra de misericordia.

A tiempo y a destiempo

La verdad de Dios no es siempre fácil de comunicar. Con frecuencia denuncia los errores, las injusticias o la indolencia de nuestra sociedad. Y suscita resistencias e incluso enemistades en aquellos a quienes interpela. Del desinterés o la indiferencia se pasa a veces a la amenaza o a la hostilidad declarada.

. De ahí la necesidad de que el predicador se mantenga firme, soportando la adversidad por cumplir fielmente con su ministerio ("¡Ay de mí si no predico el Evangelio!", decía san Pablo). Es un imperativo inexcusable para quien ha recibido ese encargo: está en juego el bien de las personas en su peregrinar histórico por este mundo y también su destino definitivo. Hay, pues, que proclamar la verdad de Dios oportuna e importunamente.

. Santo Domingo, cuentan sus biógrafos, a lo largo de su vida de predicador se sentía feliz ante los que rechazaban su servicio al Evangelio, permaneciendo fiel a su misión, sin temer a la muerte, que le haría compartir la suerte de su Salvador. Y practicaba cada día, por amor, una austera penitencia suplicando para los pecadores la misericordia de Dios.

Siendo sal de la tierra y luz del mundo

Predicar la verdad y afrontar el riesgo consiguiente, ¿por qué? Por la importancia de ese mensaje para dar plenitud a la vida humana.

Al ser humano no le basta tener vida, su deseo es "tenerla en abundancia". Se trata de ayudarle a saborear a fondo la enjundia de la vida y a mantener hasta el final su vigor. Tal es el cometido de la sal como condimento saludable.

Se trata asimismo de arrojar luz sobre las tinieblas o la penumbra del mundo. De dirigir los proyectos y las decisiones de los hombres hacia un horizonte de madurez humana y de plenitud trascendente. Con un doble objetivo: que resplandezca en nosotros la gloria de Dios y que, a la vez, nosotros seamos capaces de completar nuestra realización.

Eso es lo que pretendía santo Domingo "con la palabra y el ejemplo". Frente a la herejía albigense, pesimista en su concepción del hombre, él inculcaba la verdad gozosa de la Encarnación: Dios quiso formar parte de una creación amada desde siempre y para siempre; asegurando con ello la perduración de todo lo genuinamente humano en su reino de dicha sin fin. ¡Anunciémoslo a todos!

¿Predicar hoy como santo Domingo? Sí. Para saber transmitir un mensaje de esperanza. Para denunciar con firmeza la injusticia. Para descubrir a la gente el sabor de la vida y alumbrarle la senda de su destino definitivo.



Fray Emilio García Álvarez O.P.
Convento de Santo Tomás de Aquino (Sevilla)

No tenemos publicado Evangelio para niños para este día.